

Los grandes problemas de la economía

LA FALSA RUTA

Se acostumbra a considerar el comunismo como la antítesis del capitalismo. Esto no es exacto y antes bien resulta peligroso, por cuanto no nos previene suficientemente contra la evolución que nos puede llevar, casi insensiblemente, del uno al otro. Y el mundo occidental no ha adelantado poco en ese camino.

El comunismo es un sistema de dominio absoluto de los individuos por el Poder público, un régimen de prepotencia del Estado, único amo y patrono en todos los órdenes. En él es la razón de Estado, con ausencia completa de todo escrúpulo moral, lo que dicta la ley y la conducta de los gobernantes.

Lo antitético del comunismo sería un sistema de verdadera libertad, de garantía plena y verdadera contra los abusos del Poder y contra todo poder espúreo, ajeno a los legales. ¿Es esto el capitalismo?

El capitalismo, como todo lo que tiene una larga historia, no designa un régimen muy concreto y de caracteres diferenciados; su concepto es bastante vago.

El período llamado mercantilista (siglos XV a XVIII), por no remontarnos más atrás, no se distingue por la libertad económica. Se vió o se juzgó *a priori* que el sistema económico no podría funcionar adecuadamente entregado a sí mismo, y es el período de las reglamentaciones más estrictas. Caracterizado por la evolución desde los gremios medioevales hacia la gran industria, la acción de los príncipes no hizo más que aumentar y complicar los reglamentos laborales, bien por la influencia de los propios gremios, que tenían interés en conservar su monopolio profesional, lo mismo que los actuales sindicatos, bien bajo el efecto de los problemas que nacían de la realidad, y que se quería resolver por la acción directa del poder público.

Las revoluciones políticas del siglo XVIII en los países más adelantados económicamente, unidas a

la revolución industrial provocada por el maquinismo, tendieron a romper esas ligaduras reglamentistas. Y se ensayó la libertad económica. Los resultados no fueron favorables. Una miseria espantosa empezó a reinar en las regiones industriales. De entonces data la iniciación de las grandes crisis. Hubo hambres que recordaban las del milenio, a pesar de que las máquinas, haciendo más eficaz el trabajo, debieran haber reducido la pena de los obreros y mejorado su situación, las jornadas fueron más dilatadas que nunca, los salarios más escasos, la vida de los trabajadores más misera que antes. Los niños tenían que ponerse a trabajar en edad temprana jornadas agotadoras en labores extenuantes, con una alimentación insuficiente y en condiciones antihigiénicas. Las descripciones de la época son horripilantes.

De entonces datan los primeros movimientos sociales de tipo humanitario, cuyos representantes más destacados son el conde de Saint Simon en Francia y Owen en Inglaterra. Cuenta Henry George que, cuando los agitadores antiesclavistas de los Estados Unidos de Norteamérica fueron a Inglaterra, en propaganda de sus ideales liberadores, y describían las condiciones de alimentación y alojamiento de los esclavos, pensando impresionar a las multitudes obreras, con gran asombro observaron que no se sentían nada impresionadas, porque su condición no era superior. Entonces empezaron a incubarse las doctrinas socialistas virulentas y florecieron las asociaciones obreras.

Pronto se vió que, ni por razones humanitarias, ni por razones políticas, se podía mantener a la mayor masa de la población, a la que se quería dotar de plenos derechos políticos, en situación tan precaria. Ello fué el comienzo de medidas estatales y de imposiciones obreras en ritmo creciente, que se traducían en intervenciones sobre la economía. Las dos grandes guerras de nuestro siglo, que exigían concesiones a los obreros para atraerse su apoyo, han acelerado ese proceso.

Es evidente, pues, que el capitalismo nunca ha sido el sistema de libertad económica que se supuso algún tiempo que podría llegar a ser. Cuando se ha querido que lo fuera, se ha visto en seguida que ello conducía a resultados adversos. La época en que llegó a su cúspide la libertad económica capitalista fué hacia el segundo tercio del pasado siglo. En el orden del comercio internacional, nunca se logró introducir el liberalismo, salvo en la Gran Bretaña en la época de su hegemonía industrial

en el mundo, cuando no tenía prácticamente competidores.

Políticos y hombres de ciencia reconocieron, en ocasión de la primera guerra mundial, que había sido traída por la política de retorsión y lucha comercial, lo cual no ha impedido que esa política continuara y se agravara por la superposición de las medidas de divisas a las arancelarias ya tradicionales. Y es que se trata de algo más fuerte que la voluntad de los hombres que les fuerza a procurar, por los medios empíricos a su alcance, salida a los propios productos y ocupación para los industriales y trabajadores nacionales.

Lo malo es que las intervenciones cada día más numerosas tienen por resultado causar la arterioesclerosis del sistema, que va así perdiendo su elasticidad de modo que las dificultades internas se exacerbaban y se pierde de ese modo la adaptabilidad a las numerosas causas de perturbación que continuamente surgen, las cuales exigen nuevas intervenciones que van acabando con la libertad económica: las monedas no son convertibles, los capitales no son transferibles, las iniciativas no son libres de realizarse, el trabajo no puede ir libremente de unos países a otros, no digamos las mercancías, porque éstas nunca han tenido libertad para circular.

El comunismo ha llegado en este aspecto mucho más allá que el capitalismo. Su telón de acero, nueva muralla de la China, aspira a impedir toda transmigración de personas y cosas o, por lo menos, a controlarla.

Del capitalismo privado al estatal se puede pasar por regímenes mixtos o de transición. No son dos sistemas tan opuestos como se piensa; el capitalismo, en su sentido consagrado, es él mismo un término medio entre el comunismo totalitario y aquel sistema ideal, de caracteres verdaderamente opuestos, a que antes hemos aludido.

Así, el capitalismo responde cada día menos a los principios básicos que lo inspiraron, de abrir amplio cauce a la iniciativa privada y a la competencia libre. Su evolución hacia el estatismo y la colectivización, le va acercando al comunismo, con evidente tendencia a convertirse en un capitalismo de Estado que absorba la mayor parte de la renta social para emplearla o redistribuirla según su iniciativa y criterio. El capitalismo que ha sido siempre un sistema mixtificado de libertad y coacción tiende cada día más a desarrollar esta última en perjuicio de la primera.

Por eso no será el ideal que polarice las voluntades en contra del colectivismo; no será el arma que ayude a obtener la victoria espiritual, es decir, la verdadera victoria que sólo se alcanzará realizando

lo que ni el comunismo ni el capitalismo han sabido hacer: la justicia en la libertad y en la dignidad humana.

El pretendido régimen liberal de los economistas clásicos está completamente fracasado. Sin embargo, contenía una idea grandiosa: la idea de que los hombres realizando legítima y libremente su interés personal, cumplirían al mismo tiempo el máximo bien de la colectividad, dentro de un orden perfecto. Esto implicaba una ley de armonía que satisface al ánimo. El que ese ideal no se haya realizado en la práctica no quiere decir que sea irrealizable; acaso no se intentó en condiciones adecuadas, y eso frustró sus resultados.

Este ideal se hallaba de acuerdo con otra idea también magnífica: la idea de que el mundo del espíritu estaba, como la Naturaleza toda, regida por sabias leyes. No ha resultado así. ¿Es porque esas leyes no existen o porque el hombre las ha ignorado? Esto último parece lo más probable. Pero el desencanto del fracaso en las esperanzas concebidas ha sido tan grande que muchas gentes han dado en creer que el remedio puede venir del lado opuesto y que podrían ellos rectificar con su sabiduría la Creación. Rapto de desmedido orgullo que puede ser de consecuencias trágicas.

GERMAN BERNACER